

ALFREDO BUFANO Y SU POESÍA ÍNTIMA

Cuando en 1917 “El viajero indeciso”, libre ya de las manos de su creador que cantaba en tono quedo con dulce y viril serenidad, se lanzaba al azar de los caminos, la poesía argentina vivía su edad áurea: pontificaban, con extraña belleza verbal y una originalidad temática pocas veces lograda en nuestra lengua, Banehs, Lugones, Capdevila, Fernández Moreno —que en un bienio diera “Iniciales del misal”, “Intermedio provinciano” y “Ciudad”, extrayendo su gota purísima de ensueño, “con algo de invención o sorpresa”, de la menuda, apoética cotidianidad— y el fino y armonioso Arrieta de los “lieds”.

Llegaba la voz viajera desde el rincón mendocino de San Rafael, “el sitio de su vida, sus trabajos y sus plegarias”, y aunque temprana, 23 años sumaba su dueño, ya se signaba con inesperadas y ríspidas aristas de pesadumbre. Si es verdad que los libros tienen siempre un color, rojo pasional, blanco de candideces, negro de dolor irrestañable, éste de Alfredo Bufano arpegiaba toda la gama del gris, fundida en una tristeza púdica, una angustia recoleta, una incurable nostalgia de vivir. Algo de ese mal que royera, allá lejos y hace tiempo, a dos de sus autores predilectos: Leopardi, el del inmortal sollozo de Ancona y Albert Samain, el nostálgico evocador de “Los jardines de la Infanta”. Ciertas veces, la vida es tentador fruto sabroso, la sangre inquietará sus venas nuevas, más aún cuando la primavera nace:

“Brillan las moreras y los carolinos;
se hinchan los sarmientos y las viñas prietas.
Mi verso se viste de pámpano y pino,

se lleva a los labios la rama de higuera,

y se va por el pardo camino,
danzando la danza de la primavera.

Pero su destino de nostalgia, de tono elegíaco y pesimismo sin protestas, según la afortunada definición de Monner Sans, no declinará a lo largo de su rica parábola poética —30 títulos—, itinerario espiritual autobiográfico, que cierra un carnet de viajes, “Marruecos”, exótico broche en la obra tan argentina, casi diría regionalista, de quien supo edificar con tesón de oruga su lúcido y arduo destino de poeta.

Poeta y nada más; pero poeta,
eso, tan poco al parecer, y ¡tanto!
Vivir, soñar, sufrir bajo el encanto
de ese fervor que en rimas se concreta.

Hacia dos vertientes amorosas se arroja su caudal: hacia el paisaje de la tierra nativa y hacia el hogar; mas, ya exalte la naturaleza, ya rescate del corazón un estado anímico fugaz o duradero, ya revele los impulsos motores de su alma, su verso estará siempre sencillamente concertado, será limpio, sereno, de cristal.

Diálogo consigo mismo, diálogo con el paisaje que lo hiera al rojo, otro inconfesado diálogo entabla con frecuencia este meditativo: es con la muerte, que siente planear, ala oscura, sobre sus sueños, su dicha, su paz.

Soñé soñando vivir;
soñé soñar y soñar.
Hoy que anhelo despertar
debo aprender a morir,

dijo en copla mensajera de una revelación: la de hallarse cercano a contemplar el rostro de la Implacable a la que esperaba tranquilo, con placidez de agua mansa. Antes de hacerlo, quiso retornar a Mendoza, la de su canción, la que pintara en

ágiles manchas de artista docto en el manejo huidizo de los tonos. Para evocarla un sentimiento panteísta, no pagano, em-papó su pluma. La vio en ese octubre postrero de sus rosales

aquellos viejos rosales que en octubre florecían...
Eran millares de rosas, rojas, fragantes, efímeras.
Como las nubes llegaban, como las nubes se iban.
De entonces era esta copla que a las aguas les decía:
No tengo nada en la tierra; de rosa y agua es mi vida,
¡como las nubes llegué, como ellas me iré algún día!...

Por los caminos de Fray Luis y Garcilaso, compañeros en su soledad “voluntaria y rica en poesía”, gustó la dulzura del género eglógico, evocando, en dichosa similitud, su hermosa tierra cuyana, el valle verde y ancho de Guaymallén, su lar, esos rincones recoletos y suaves, “donde la voz de Dios hasta los hombres baja”. Hay rumores de acequias, perfumes de florecillas campesinas o de duraznos, magnolias y amaneceres mozos; hay cantos de urpilas o tañidos de añejas canciones al son de las flautas de siete cañutos; se saborea el gozo de la uva madura, se sorbe el aire con alas que viene desde la montaña y un chisporroteo de colores nos deslumbra:

Patio de las mañanas límpidas de abril.
Perfuma el toñil de manzanas,
Ajíes bermejos en el almijar;
arriba, un volar de vencejos.
Amarillas hojas, dulce y tibio
el sol, blanquea el resol de panojas.

Crea con manos labriegas; desde los días infantiles ama la tierra... esos días infantiles en los que por un lado guardia le hacían las montañas, por otro los campos esmeraldas; y arriba el cielo profundo, cielo grande, inmenso, diáfano; aquellos días esfumados, en que era un niño solo, con su sayal franciscano, y vibraba en su “alma el trágico asombro de no haber nacido pájaro, agua, viento o nubecilla, o lluvia, flecha o relámpago”...

Madurará en años, poemas y tristezas, y cuando la vida castigue —en particular en sus horas iniciales de escritor pobre, cuya vocación descubrió José Ingenieros—, volverá el rostro, cansado y hermoso, hacia la tierra en la cual no mira nunca a la mañana devoradora hostil de su cuerpo sino a la amiga que conforta. Por eso, siempre está grávido el retorno en sus alejamientos de ella y será siempre fiel a sus predios “donde diera muerte a muchos quebrantos, con el verso y la azada; allí donde enterrara muchas penas en la tierra labrada”.

Al igual que el poverello de Asís, una raigal ternura le sofoca, haciéndole comulgar con lo que vive, alienta, nace: hermanos gusanos, hermanas estrellas, hermanos los hombres... Todos... pero por cima, aquellos de su misma cepa... los de su tierra que recreó en el poema con amorosa delectación, con paterna ternura: hábil retratista de los destinos humildes, de su mano entraron en la perenne sustancia de la estrofa, el quintero, la maestría del vestido rosa, el cura robliizo, su padre, el comisario Vega o Basilio el pastor que aprisionaba en su flauta sonora la riente serpentina del día... Pocas voces tan naturales, tan espontáneas, descubrieron entre nosotros, con la gracia de un buen narrador de cuadros costumbristas, la belleza de las cosas pequeñas, gastadas, vencidas; de viejas casas con adobones, tapias con piedras y quiscos, personas destartaladas, de hierros enmohecidos”, o la plaza dormilona, toda de luna empapada!

No buscó decir su canto en rimas sonantes ni metros épicos; dio el suyo elemental como el agua cristalina del hoyuelo en la tierra; plácido y amplio, amplísimo, como el trino de las avecillas o las campanitas que hacen sonar las ranas en las charcas dormidas.

Alfredo Bufano no recogió en sus sandalias andariegas el polvo del mundo. Su andar más largo creo fue uno a España de donde trajo, impresionado por la nota nostálgica del paisaje gallego, y la pujanza, la piedad y la “morriña” de sus gentes, ese sentido himno bucólico que se aprieta en las cuarenta canciones de “Junto a las verdes rías”.

Anduvo mucho, en cambio, con tenacidad y hondura, por el vasto y jugoso universo de su corazón; ¡qué de meandros olorosos, cuántos naufragos velámenes de esperanzas, cuáles tesoros de amor y belleza a cubierto del fragor de los días!... ¿A qué fatigar mundo con los viajes? Ya reveló, a propósito de su padre, cual era también su preferido: el que cerraban su casa, su predio y su mujer.

Contó, sin detenerse a averiguar cuantas veces se hubiera ya dicho, las emociones que lo dominaban; le bastó, a este impenitente subjetivo, el sentir las dentro de sí para saberlas dignas del verso, porque eran puras y tiernas. Dio así dos de sus mejores obras: "Canciones de mi Casa", colocadas bajo la advocación del Alighiero: "amor mi mosse che mi fa parlare" y que obtuvo el Premio Municipal de Poesía del año y "El huerto de los Olivos", romanec de amor sentimental, fresco y simple como lo saludó Rafael de Diego; 50 poesías de amor y hasta para enamorar, porque la emoción de amor es siempre contagiosa, más cuando se la expresa con cierta tristeza enternecedora, que aún los que no han amado nunca quedan temblando de ansiedad, luego que se apaga la última canción.

¿Y qué ocurre al llegarle la hora del "para siempre", del "te quiero", la de dos nombres y un único corazón? Semejante a un niño frágil, sabrá evitarle a su amor el frecuente itinerario, mordaz y humano, que anela en el hastío o en el irse yendo de una vida que creíamos definitivamente nuestra. Pocos vocablos simples —mesa, patio, madre selva, lecho, hijo, penumbra—, bastarán para transmitirnos la emoción de la vida sencilla, "el gozo humilde con que el poeta vive su existencia de hombre de trabajo y hogar, de ciudadano; ternura que inunda a los seres y cosas testigos de su dicha; temor por la fugacidad de lo terreno:

¿Cuál de nosotros morirá primero?
No lo sé, dulce bien;
por hoy vivamos
sin separarnos nunca.

Me da miedo pensar
que algún día
habremos de separarnos
para siempre...

y añadirá:

Señor: si en algo estimas mi humildad,
Señor, si de algo sirve ser tan bueno,
Haz que mis pobres ojos se cierren
antes que sus bellos ojos...

Con cuál fervor canta la dieha chiquita de cada día que debía pedirse, como en una oración, ese pan nuestro; ¡que delicioso cuadrito íntimo!...

En torno a la mesa de rústico pino
que cubre la albura del blanco mantel,
reunidos por lazos de amor y de gozo
llegada la noche, nos vemos los tres...
La nena en su trono, que es silla de Viena
desdeña la sopa y espera el pastel...
Y llenas las manos y llena la boca
De pan o de dulce, me causa placer...

Tiempos oscuros, de abismales lesiones a la libertad, "esa libertad sin la cual no hay hombre" tres lustros atrás oscurecían el país. Bufano hacía ya mucho, en 1935, había fustigado en su "Zoología política" a caudillos y matones peligrosamente proliferados en nuestro medio; al comentar el libro, Aníbal Ponce lo definió como un documento más de los muchos abusos y miserias de la vida política argentina" . . . En mil novecientos cuarenta y tantos, el poeta, tantas veces desasido e intemporal, cobra como pocos conciencia plena del riesgo. . . Se reconcentra de más en más, en sí mismo, en su hogar, en la amistad que en él alcanzó altísimos perfiles, en la fe religiosa de su infancia, esa que no duda sino que espera y reza: "Tiempos de creer" son un canto que la exalta:

¡Dios mío! tú no puedes permitir que la muerte
riegue con sangre y llanto las viñas y las mieses,
y que el odio cabalgue recios potros de fuego,
y que el amor se esconda para llorar su angustia,
y que la infamia pase, victoriosa y desnuda.
Creo en tí porque un día levantarás tu diestra
y ya no habrá en el mundo ni crímenes ni déspotas. . .

Mas los apocalípticos jinetes del odio fraticida, la destrucción, el despotismo cayeron sobre el país. . . Se luchó arduo, nunca lo bastante, por la libertad que tan cabalmente definiera Francisco Romero: si hay algo a lo que no puede renunciar el hombre es a ella, aunque a veces renuncie a su ejercicio". . .

Para los déspotas, Alfredo Bufano encerraba el peligro de ser un hombre; cayeron sobre el recoleto los ataques, perdió sus cátedras, se le persiguió, se buscó, inútil intento, abatirlo. . . Con cada mandoble se encendía más y más ese fuego que le abrasaba el corazón y que era su amor por ser libre. En 1950 compuso su entrañable y fustigadora "Elegía de un soldado muerto por la libertad", composición que por el tema lo acerca a Guerra Junqueiro y a García Lorca: es la historia de un soldado joven que cae defendiendo la dignidad humana y la integridad nacional. El poema reproduce su voz de ultratumba que, incapaz de encontrar reposo bajo la tierra hecha escombros por los déspotas, esa tierra donde no existe lugar para los hombres libres, concluye clamando:

¿Cómo dormir? ¿Cómo encontrar sosiego?
Dame, Señor, una segunda muerte,
porque la que me diste no me alcanza
para no ver la infamia y la ignominia
que profanan la tierra que me cubre. . .

No le fue dado a Alfredo Bufano contemplar el advenimiento de un triunfo que era también el suyo, porque bien lo señaló Antonio de la Torre, otro rebelde artífice de belleza, los poetas triunfan siempre sobre los tiranos. . .

Su salud, asaz debilitada, preanunciaba el fin; la voz cor-

pórea se acalló el 31 de octubre de 1950. Corazones amigos cumplieron su voluntad llevándole hasta la villa mendocina de 25 de mayo:

Hacedme dormir en este cementerio abandonado
con sombras de terebintos y clara amistad de pájaros...

Se cumplió su sabio anticipo:

un día seré tierra entre la tierra,
pero mi corazón seguirá vivo,
porque canté con sangre y no con voces...

Allí está, cara a la montaña azul, oyendo por siempre el dulce susurro del agua en la acequia, tranquilizada su hambre de campos, perfumes y sabores rústicos, unido desde la muerte "por largos, invisibles hilos dorados" a las cosas vivas. El silencio de la tierra al regresar a ella le ha servido de materno lecho; porque le debemos la gratitud de una clara siembra de versos, saludémosle con la voz de otro poeta, también hoy silencioso, González Carbalho:

Allí duerme bajo los cielos de Mendoza;
es como si su propio canto
lo hubiera recibido en sus brazos.

NOEMI VERGARA DE BIETTI

Vidt 2198, Buenos Aires